

drones detras de ellos y dos piezas á sus flancos, formándolos despues en batalla so pretexto de pasarles una revista, y cuando llegó á la cabeza de la línea, rodeado del estado mayor y escoltado por cien húsares, les dijo: «Vosotros, porque no quiero daros el nombre de ciudadanos ni de soldados, estais viendo esa artillería, y detras la caballería: Estais manchados de crímenes, y yo no sufro aquí asesinos ni verdugos. Sé que hay entre vosotros malvados encargados de incitar al crimen. Arrojadlos de vuestro seno, ó denunciádmelos. Yo os hago responsables de su conducta». Los batallones temblaron, y tomaron el buen espíritu del ejército.

El antiguo honor se asociaba en el campo al patriotismo. Dumouriez lo mantenía en sus tropas, familiarizándose con sus soldados, pasando las noches en sus hogueras, comiendo y bebiendo con ellos, explicándoles su posición, la de los prusianos, anunciándoles la próxima derrota de sus enemigos, y pidiéndoles uno á uno á todos los soldados de su ejército que tuviesen la confianza y la paciencia de que tenía él mismo necesidad para salvarlos á todos. La amenaza de su destitución le llegaba todos los días de París, y él respondía desafiando á los ministros: «Tendré secreta mi destitución hasta el día en que vea huir á los enemigos. Entónces yo mismo se la manifestaré á mis soldados, é iré á París á recibir el castigo á que me haya hecho acreedor por haber salvado á mi país á pesar suyo».

Tres comisarios de la Convención, Sillery, Carra y Prieur, llegaron al campamento el 24 para hacer reconocer la república. Dumouriez no titubeó; aunque monárquico, su instinto le dictaba que la cuestión del día no era la de la forma de gobierno, sino la patria; por otra parte, tenía la ambición grande como su genio y vaga como el porvenir. Una república agitada por dentro y amenazada por fuera no podía descontentar á un soldado victorioso á la cabeza de un ejército que le adoraba. Aboliéndose la monarquía, no había nada más elevado en la nación que su generalísimo. Los comisarios llevaban también el encargo de establecer al ejército al otro lado del Marne. Dumouriez exigió y obtuvo de ellos seis días de término. Al amanecer del séptimo, los centinelas franceses vieron las colinas del campo de la Luna desiertas, y á las columnas del duque de Brunswick desfilando lentamente entre los picos de la Champaña, y tomar la dirección de Grandpré. La fortuna había justificado la perseverancia, el genio había burlado al número, y Dumouriez triunfó. Francia se había salvado.

A esta noticia, un grito general de *Viva la nación!* resonó en todos los puestos del ejército francés. Los comisarios, los generales Beurnonville, Miranda y el mismo Kellermann, se arrojaron en los brazos de Dumouriez, reconociendo la superioridad de sus miras y el poder de su voluntad. Los soldados le proclamaron el Fabio de la patria; pero este nombre, que él aceptó por un momento, no correspondía al ardor de su alma, porque entreveía ya el papel de Aníbal, más conforme con la actividad de su carácter y con la obstinación de su genio. El de César podía tentarle también algún día en su interior. Esta ambición de Dumouriez explica por sí sola la retirada impune de los prusianos á través de un país enemigo, por desfiladeros fáciles de convertir en otras horcas caudinas, y bajo el cañón de cincuenta mil franceses, ante los cuales el ejército diezmando y enervado del duque de Brunswick tenía que operar una marcha de flanco.

LIBRO VEINTIOCHO.

Negociaciones secretas en los ejércitos.—Danton intenta hacerse dueño de la revolución.—Dumouriez en París.—Se concierta con Danton.

I

Mientras que Dumouriez triunfaba del ejército prusiano por su talento militar, su genio no descuidaba la parte política. Su campo, en los últimos días de la campaña, era á la vez un cuartel general y un centro de negociaciones diplomáticas. Como antiguo hombre de Estado, avezado á las intrigas de las cortes, conociendo á fondo los secretos de los gabinetes extranjeros y las sordas rivalidades que se engendran bajo la aparente armonía de las coaliciones, Dumouriez había anudado ó confruido algunas relaciones, en parte patentes, en parte ocultas, con el duque de Brunswick y con los militares y ministros más influyentes en las determinaciones del rey de Prusia. Danton era el único ministro con quien Dumouriez pudo entenderse en el interior para las confidencias de estas negociaciones. El saqueo del guardamuebles de la corona, que había tenido lugar en París con la complicidad presunta de oscuros agentes del ayuntamiento, proporcionó, según dicen, á Dumouriez, no unos grandes medios de seducción, y cuales se necesitan para salvar una patria, sino lo suficiente para sufragar aquellos gastos secretos que pagan una intriga y captan el favor de los agentes subalternos de una corte ó de un cuartel general.

El duque de Brunswick no deseaba ménos que Dumouriez combatir, y negociar al mismo tiempo que peleaba. El cuartel general del rey de Prusia estaba dividido en dos pandillas: la una quería mantener al rey en el ejército; la otra aspiraba á alejarle de él. El conde de Schulenburg, confidente del rey, pertenecía á la primera; el duque de Brunswick era el alma de la segunda. Haugwitz, Lucchesini, Lombard, secretario privado del rey, Kalkreuth y el príncipe de Hohenlohe apoyaban el pensamiento del generalísimo, y no cesaban de representar al rey que los negocios de Polonia, más importantes para su imperio que los desórdenes de París, exigían su presencia en Berlín para coger su parte en aquella vasta presa que Rusia iba á devorar por sí sola. El rey se resistió con la firmeza de un hombre que ha comprometido su honra por una causa grande á la faz del mundo, y que quiere salir de su empeño al ménos con gloria. Permaneció, pues, en el ejército, y envió al conde de Schulenburg para vigilar en su nombre las operaciones de Polonia. Desde este día el príncipe se entregó sólo en su campo á influencias

interesadas en detener su marcha y en enervar sus resoluciones; desde aquel momento todo propendia á la retirada.

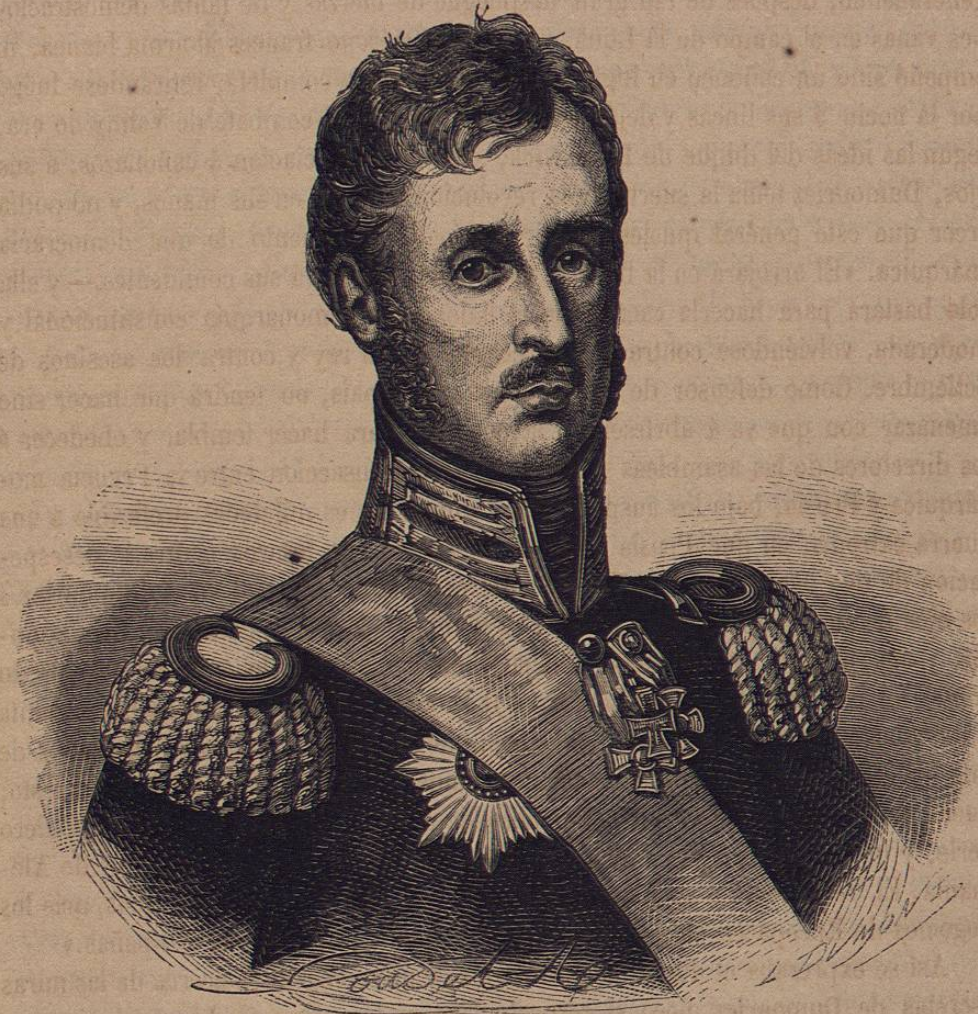
El duque de Brunswick buscaba un pretexto para abrir conferencias con el cuartel general frances. Miéntas permaneci6 detras del Argonne, á diez leguas de Grandpré, este pretexto naturalmente no se presentó; el rey de Prusia hubiera visto una cobardía ó una traicion en esta idea. Este fué uno de los motivos que determinaron al duque de Brunswick á atravesar el Argonne y ponerse frente á frente de Dumouriez. Este fué sin duda tambien el motivo secreto por el cual el generalísimo, despues de tan gran despliegue de fuerzas y de tantas demostraciones vanas en el campo de la Luna, no atacó al ejército frances al arma blanca, ni empeñó sino un cañoneo en lugar de dar una batalla completa, retirándose luégo por la noche á sus líneas y dejándolo todo indeciso. El combate de Valmy no era, segun las ideas del duque de Brunswick, sino una negociacion á cañonazos; á sus ojos, Dumouriez tenia la suerte de la revolucion francesa en sus manos, y no podia creer que este general quisiese servir de ciego instrumento de una democracia anárquica. «El arrojará en la balanza su espada,—decia á sus confidentes,—y ella sola bastará para hacerla caer hácia el lado de una monarquía constitucional y moderada, volviéndose contra los carceleros de su rey y contra los asesinos de Setiembre. Como defensor de las fronteras de su país, no tendrá que hacer sino amenazar con que va á abríselas á la coalicion para hacer temblar y obedecer á los directores de las asambleas nacionales. Una transaccion entre la Francia monárquica y Prusia, bajo los auspicios de Dumouriez, es mil veces preferible á una guerra extrema, en que Prusia juega su ejército y sus tesoros contra la desesperacion de una nacion entera. Nuestro interes es el de engrandecer á Dumouriez á los ojos de sus compatriotas para que su nombre sea más imponente y más popular, y nos permita tratar con él y dejarle en disposicion de emplear su ejército contra los jacobinos de Paris. Conozco á Dumouriez, le hice prisionero hace treinta y dos años en la guerra de los Siete años; cubierto de heridas cayó en manos de mis hulanos y le salvé la vida, haciéndole cuidar y dándole mi capital por arresto, haciendo de mi prisionero un compañero de mis diversiones y un amigo. Quiero verle, y quiero sondear sus designios secretos y secundarlos en el interes de Alemania. El reconocerá á su antiguo libertador, y nosotros adelantaremos más los negocios de Europa en algunas conferencias, que no en ruinosas campañas.»

Así se expresaba el duque de Brunswick, y no se engañaba acerca de las miras secretas de Dumouriez, pero sí respecto á su poder sobre él. La revolucion, en toda su fuerza ent6nces, no se ponía á merced de nadie; ella todo lo arrastraba, pero no se dejaba arrastrar por nadie; sin embargo, apénas habian vuelto los ejércitos á sus líneas, al dia siguiente del combate de Valmy, cuando el duque de Brunswick envi6 al campo de Kellermann al general prusiano Heymann y al coronel Manstein, ayudante general del rey de Prusia, so pretexto de negociar un canje de prisioneros. Dumouriez, advertido por Kellermann, asisti6 á la conferencia, que fué larga, íntima y lisonjera por parte de los prusianos, y fiera, reservada y casi silenciosa por la de Dumouriez. Una palabra podia perderle, un gesto hacerle traicion, porque al negociar con los enemigos de su patria, tenia á su lado un rival en Kellermann, y detras los sombríos comisarios de la Convencion. «Coronel,—respondió á las proposiciones del rey de Prusia y del duque de Bruns-

wick,—me habeis dicho que se me estima en el ejército prusiano, y yo creo que se me desprecia juzgándome capaz de escuchar semejantes proposiciones.» Sólo se limitó á convenir en una suspension de armas por parte de ambos ejércitos.

II

La noche misma que siguió á esta conferencia oficial, Westermann y Fabre d'Eglantine, agentes confidentiales de Danton, llegaron al campo so pretexto de



Federico Guillermo II, rey de Prusia.

reconciliar á Dumouriez y Kellermann, pero con la comision secreta de autorizar y de apresurar las negociaciones sobre la base de una pronta evacuacion del territorio. Aquella misma noche, el secretario privado del rey de Prusia, Lombard, por órden del rey y con la connivencia del duque de Brunswick, fingió caer con algunos carruajes de equipajes en poder de una patrulla de húsares franceses, y fué llevado al cuartel general, donde tuvo una entrevista con Dumouriez, cuyos pormenores ha revelado él mismo despues. La libertad de Luis XVI de su prision en el Temple y el restablecimiento de la monarquía constitucional en Francia eran por parte del rey de Prusia las dos condiciones preliminares de la negociacion. Dumour-

riez profesaba los mismos principios, confesaba ser tales sus deseos, y empeñaba su palabra personal de contribuir con todos sus esfuerzos á esta restauracion. «Pero se perdería inútilmente—añadía—si contrajese semejantes compromisos en un tratado secreto. Su naciente popularidad no tenía aún bastante fuerza para llevarle á adoptar semejantes resoluciones. La Convencion acababa de declarar por unanimidad que jamás reconocería otro rey. El solo medio de dar á Dumouriez el crédito necesario sobre la nacion para la libertad del rey, era presentarle á Francia como el libertador de la patria y como el pacificador de la revolucion. La retirada de los ejércitos extranjeros del territorio frances era el primer paso hácia el orden y hácia la paz.» Instado Dumouriez por Lombard para que aceptase una conferencia con el duque de Brunswick, el general se negó á ello, pero remitió á este negociador una memoria razonada para el rey de Prusia. En esta memoria manifestaba á aquel príncipe los motivos y la posibilidad de una alianza de intereses comunes con Francia, esforzándose en demostrarle los peligros de una coalicion con el emperador, alianza que, agotando á Prusia de hombres y de dinero, no sería provechosa más que al Austria. So pretexto de conducir á Lombard al cuartel general del rey de Prusia, Dumouriez envió á Westermann, confidente de Danton y su ayudante general, al campo prusiano. Habiendo participado Lombard al rey las palabras confidenciales de Dumouriez, el rey autorizó al duque de Brunswick para tener una conferencia con Westermann.

Esta conferencia tuvo lugar en presencia del general Heymann, y se concluyó por parte del duque de Brunswick por la peticion de un tratado secreto que prometiese la libertad de Luis XVI, y que, suspendiendo las hostilidades entre los dos ejércitos, permitiese á los prusianos retirarse sin ser inquietados. El duque atribuyó toda la odiosidad de esta guerra á los austriacos y á los príncipes franceses, y abandonó sin disputárselos los emigrados que habian caido prisioneros de guerra á la vindicta de las leyes de su país. Westermann regresó para participar estas disposiciones á su general, y Dumouriez informó á Danton por un correo extraordinario. Danton, por única respuesta, le envió el decreto de la Convencion en que se declaraba que la república francesa no trataría con sus enemigos sino despues que hubiesen evacuado su territorio.

Pero la última palabra de Danton habia llegado por otro conducto á oídos de Dumouriez. Las conferencias no se suspendieron. Unas comunicaciones autorizadas y públicas para el canje de prisioneros sirvieron para ocultar conversaciones y correspondencias más misteriosas. Temiendo Dumouriez que sus relaciones con el campo prusiano le hiciesen acusar de traicion por sus tropas, se adelantó á las sospechas. «Hijos míos,—les decía á los soldados que se agrupaban á su alrededor cuando recorria los pueblos,—¿qué pensais de todas estas negociaciones con los prusianos? ¿No os dan alguna sospecha contra mí?» «No, no,—respondieron los soldados.—Con otro, estaríamos inquietos y escudriñaríamos su conducta; pero con vos, cerramos los ojos, porque sois nuestro padre.» Así adormecía el hábil general á su ejército.

Las mismas relaciones que habia entre los generales de los dos campos contrarios, se advertian en el de Kellermann; pero aquellas conferencias sólo versaban sobre canjes de prisioneros.

Una circunstancia apresuró la determinacion del rey de Prusia y del duque de

Brunswick. El mayor prusiano Massembach, confidente del rey, estaba comiendo en casa de Kellermann con varios generales franceses y con los hijos del duque de Orleans. Despues de la comida, Dillon, hablando con Massembach en el hueco de una ventana, le dijo que si el rey no reconocia la república, Luis XVI, la nobleza y el clero perecerian infaliblemente en Francia, y que él mismo, adicto por principios y de corazon á la causa popular, no salvaría su cabeza del hacha del pueblo. Despues, dirigiendo alrededor de la sala una mirada inquieta y rápida, y notando que los convidados estaban en grupos hablando con mucha animacion y sin observarlo, sacó á Massembach al balcon. «Ved—le dijo en voz alta—qué magnífico país.» Y bajando la voz y cambiando de tono, añadió sin mirar á Massembach y disimulando el movimiento de los labios: «Advertid al rey de Prusia que se prepara en Paris un proyecto de invasion en Alemania, porque se sabe que no hay tropas alemanas sobre el Rhin, queriendo por este medio obligar á vuestro ejército á retrogradar». Esta peligrosa confidencia, repetida á la noche por Massembach al rey, concordaba con los movimientos de Custine, que preparaba su irrupcion sobre Spira y Maguncia. El rey quedó admirado, y conoció que cada vez se separaban más de la idea de un acomodamiento.

Sin embargo, el partido austriaco, el partido de la guerra, y los emigrados sobre todo, para quienes la guerra era su única esperanza, murmuraban en el campo de los prusianos y asediaban con quejas y reconvenciones al cuartel general del rey.

«¿Qué presagian—decian—estas conferencias entre el rey y Dumouriez? ¿Querán salvar la vida del rey de Francia sacrificándonos? Entónces, ¿qué será de la monarquía, de la religion, de la nobleza y de la propiedad? ¿Se habrán armado nuestros aliados sólo para entregarnos al enemigo?» Tales eran las quejas que los jefes de los emigrados y los enviados de los príncipes franceses tenían del cuartel general del rey de Prusia.

El Voltaire de Alemania, Goethe, que seguia al duque de Weimar en esta campaña, ha conservado en sus memorias la relacion de una de aquellas noches que precedieron á la retirada de los alemanes. «En el círculo de personas que rodeaban la hoguera de un vivac vi un anciano—escribe—cuyo rostro parecia un asuca por los reflejos de las llamas, y al cual recordé haber visto en tiempo más dichoso. Acerquéme al anciano, y él me miró con admiracion, pareciendo no comprender por qué juego caprichoso del destino me veia en medio de un ejército la víspera de darse una batalla. Este anciano era el marqués de Bombelles, embajador de Francia en Venecia, á quien yo habia visto dos años ántes en aquella capital de la aristocracia y del placer, en donde yo acompañaba entónces á la duquesa Amelia, como el Tasso habia acompañado á Leonor. Habléle de su hermoso palacio sobre el canal de Venecia y de aquellos momentos deliciosos en que la joven duquesa y su comitiva llegaron en una góndola á la puerta de su palacio, donde fuimos recibidos por él con toda la gracia y magnificencia acostumbrada en su país, en medio de la música, de las iluminaciones y de las fiestas. Yo creia distraerle trayendo á su memoria aquellos gratos recuerdos, y no hice más que agravar cruelmente sus penas; las lágrimas inundaron sus mejillas. «No hablemos ya de esas cosas,—me dijo,—aquel tiempo está ya muy lejos de nosotros; y áun entónces, festejando á mis huéspedes, mi alegría no era más que aparente. Yo tenia el corazon traspasado»

»sado; preveía las consecuencias de las tempestades de mi patria y admiraba vuestra indolencia. En cuanto á mí, me preparaba en silencio al cambio que iba á tener en mi situación. En efecto, bien pronto me fué preciso dejar aquel destino, abandonar aquel palacio y aquella Venecia que se me habia hecho tan querida, para principiar una carrera de destierros, de aventuras y de miseria, que me ha traído aquí... en donde voy á asistir tal vez—continuó el desterrado con tristeza—al abandono de mi rey por un ejército de reyes.» El marqués de Bombelles se alejó para ocultar su dolor y se fué cerca de otra hoguera, tapándose la cabeza con la capa.»

III

El marqués de Bombelles habia sido enviado al cuartel general por el baron de Breteuil para velar por los intereses de Luis XVI. Los consejos no escaseaban en la tienda del rey de Prusia. Los príncipes franceses proponían que se marchase sobre Chalons. El rey se inclinaba hácia los partidos más audaces y decisivos. El duque se oponía enérgicamente á que se marchase adelante. Este hacia presente la distancia que habia hasta Verdun, arsenal y almacén del ejército; la dificultad y lentitud de las comunicaciones, la disminucion diaria de los confederados, lo avanzado de la estación, los refuerzos que recibían los franceses en su propio terreno, la dificultad de pasar los desfiladeros de Grandpré sin experimentar grandes desastres si, batido el ejército, tuviese que reconquistar el camino de Alemania, y finalmente, concluía por que se esperase el resultado de las negociaciones, sabiendo muy bien que sólo con esperar se aumentaría el peligro y adquiriría más fuerza el partido que estaba por la retirada. Así se pasaban unos días que eran muy preciosos. El rey empezaba á ceder, y era evidente que no buscaba en los términos de la negociacion sino un pretexto para cubrir el honor de sus armas, contentándose con las garantías más ilusorias sobre la vida y la libertad de Luis XVI. Dumouriez y Danton se las dieron.

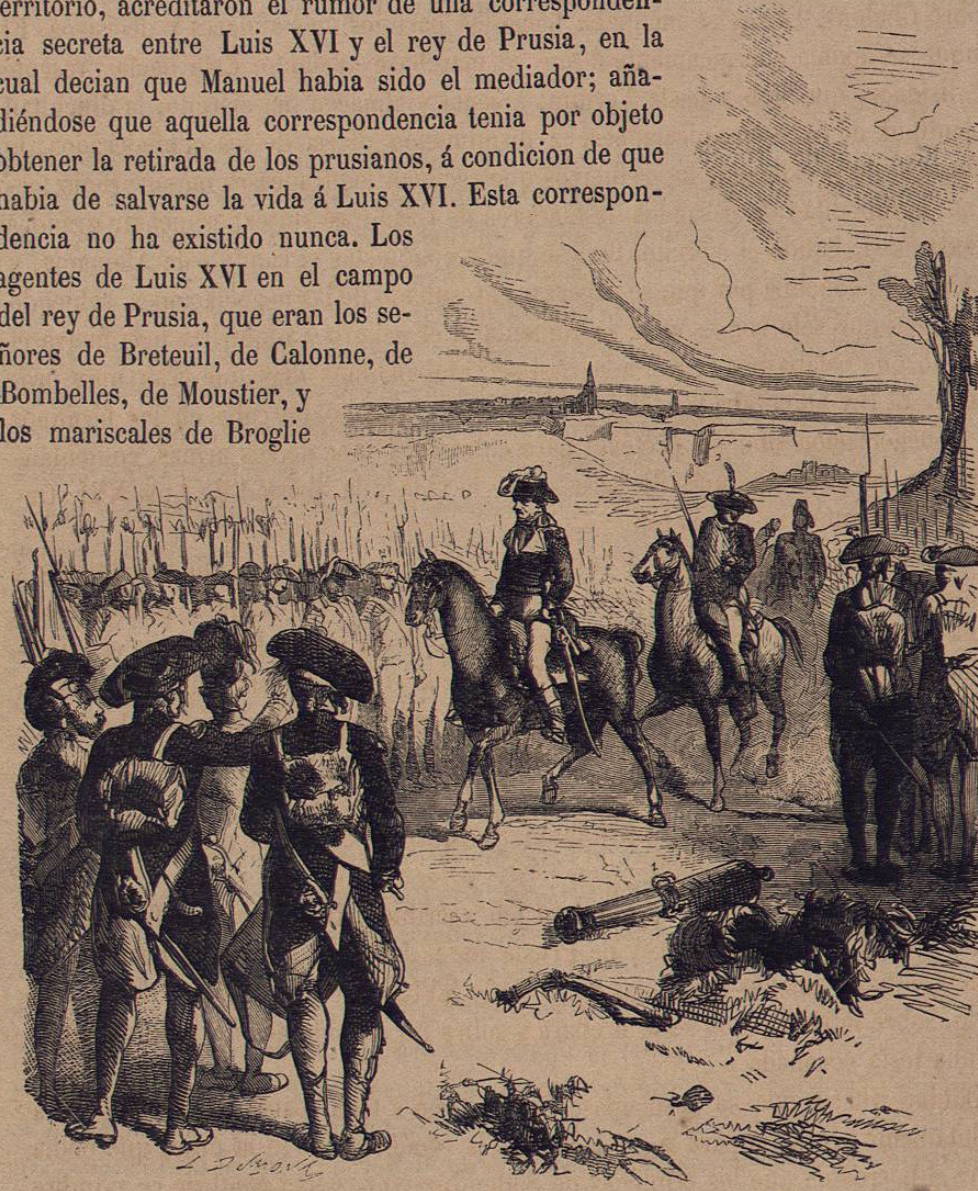
Westermann fué enviado de nuevo á Paris, y representó confidencialmente á Danton la verdadera situación de los espíritus en los dos campos. Dumouriez le habia encargado, para cubrir las apariencias, de llevar unos pliegos para el ministro de Negocios extranjeros, Lebrun. «Si tengo al rey de Prusia aún ocho días en jaque,—escribía el general á Lebrun,—su ejército será derrotado sin haber combatido. Este príncipe está muy indeciso, y quiere encontrar un medio para salir del atolladero. Puede que su desesperacion le lleve á atacarme si no halla quien le dé un remedio aceptable. Entre tanto, yo continúo cortando mis plumas á sablazos.»

La carta reservada que el general en jefe escribió á Danton confesaba una negociacion más avanzada. «El rey de Prusia pide, ántes de tratar con nosotros,—le decia,—unas noticias detalladas sobre Luis XVI, sobre la naturaleza de su cautiverio, sobre la suerte que se le prepará y sobre las consideraciones que se tienen con una testa coronada.»

Danton queria que se desocupase el territorio á toda costa. Esta medida era absolutamente necesaria para la fundacion de la república, y era la única que podia borrar el horror de que los crímenes de Setiembre empezaban á cubrir su nombre

y su poder. Además, Danton, ligado con la corte por antiguas relaciones, deseaba en el fondo de su corazón salvar la vida del rey y la de su familia. Encargó á sus agentes del Consejo municipal que visitasen á Luis XVI en la torre del Temple, y que le diesen sobre la situación de los augustos presos un informe oficial en que la detencion política del rey se disfrazase bajo la apariencia de una solicitud por conservar sus días, y en la que bajo las formas del respeto y de la compasion se ocultasen las murallas, los cerrojos y los rigores del Temple.

El corregidor Petion y el procurador Manuel se pusieron de acuerdo para secundar las miras de Danton, pidiendo al ayuntamiento una copia de todas las disposiciones relativas á la torre del Temple. Ellos mismos fueron á aquella prision, interrogaron al rey, afectaron haber ido allí para compadecer respetuosamente y dar algun alivio al ilustre cautivo, y remitieron á Danton una sumaria informacion en la que constaban todas las pruebas del interés que habian tomado por la familia real. Estos pasos fueron conocidos en Paris, y coincidiendo con la evacuacion del territorio, acreditaron el rumor de una correspondencia secreta entre Luis XVI y el rey de Prusia, en la cual decían que Manuel habia sido el mediador; añadiéndose que aquella correspondencia tenia por objeto obtener la retirada de los prusianos, á condicion de que habia de salvarse la vida á Luis XVI. Esta correspondencia no ha existido nunca. Los agentes de Luis XVI en el campo del rey de Prusia, que eran los señores de Breteuil, de Calonne, de Bombelles, de Moustier, y los mariscales de Broglie



Dumouriez revistando las tropas la víspera de la batalla de Valmy.—Pág. 98.